

LUZ ENTRE LAS SOMBRAS



Viernes III
Tiempo Ordinario



**DIOS NO PARA
DE TRABAJAR
A NUESTRO FAVOR
EN LA
INSTAURACIÓN
DE SU REINO.**



Marcos 4,26-34

**“El Reino de Dios
se parece a un hombre
que echa semilla en
tierra...”**

**La semilla germina
y crece sin que sepa
cómo.”**



Sembrar es un gesto natural, apasionante y misterioso; un gesto de esperanza y de aventura: ¿crecerá la semilla? ¿Habrá buena cosecha o nada? ¿Helará en invierno y destruirá las tiernas plantas? O bien, ¿quemará el sol lo que estoy sembrando? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que hay que sembrar y arriesgarse, hay que invertir sobre el porvenir, emprender una gran obra que tiene porvenir.



El Reino de Dios comienza como un gran tiempo de siembra en el que la semilla sembrada, necesita un largo período de maduración en el silencio y la paciencia, cuando desde fuera parece “tiempo muerto” -silencio de Dios-, pero que, en realidad, es tiempo fecundo de gracia. Cuando llegue su hora - expresión que usará Jesús refiriéndose a su destino-, la misma semilla, ya fruto maduro, se entregará a la hoz para la siega (como hará Jesús también).



Nuestra tarea, con la mirada puesta en Dios, es colaborar desde nuestra libertad y nuestras capacidades, sin exigir frutos a corto plazo, sin absolutizar méritos, seguros de que es Dios mismo quien pone la fuerza, el Espíritu, en esa siembra en la que colaboramos junto a Jesús para bien de la humanidad. En manos de Dios no hay nada que sea poca cosa.



Por malas que nos parezcan las circunstancias de la vida de la Iglesia o de la sociedad o de una comunidad, la semilla de Dios se abrirá paso y producirá su fruto. A partir de mínimos comienzos, en la modestia y la sencillez, ha de extenderse por todo el mundo. Aunque no sepamos cómo ni cuándo. La semilla tiene su ritmo. Hay que tener la paciencia del Sembrador.

**El Reino
es cosa de dos:
nosotros
esparcimos
la Semilla,**

**de todo lo demás
se encarga Dios.**